

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

30 de junio, 7, 14, 21 de julio de 2024

MD 2024 / 09

EL TIEMPO ORDINARIO (O MEJOR TRADUCIDO: «DURANTE EL AÑO»)

Hace unas pocas semanas, hemos retomado el tiempo ordinario (en latín: *per annum*) en su segunda parte, que va desde Pentecostés hasta Adviento; la primera parte fue entre el Bautismo del Señor y Miércoles de Ceniza. La oración colecta del sábado de la séptima semana de Pascua invita a reflexionar cómo tenemos que tomarnos este tiempo. Dice: «Concédenos, Dios todopoderoso, a los que hemos celebrado las fiestas de Pascua, conservarlas, por tu gracia, en las costumbres y en la vida». Se nos

propone, pues, que consideremos este tiempo no en el sentido peyorativo del adjetivo ordinario: insignificante, banal, sino como un desafío de envergadura. Sabemos que la antropología religiosa y la historia de los ritos consideran el rito, y por consiguiente la liturgia, como el acto de una repetición, y la idea de repetición (de siempre lo mismo) es cada vez más rechazada por nuestros contemporáneos, que valoran lo excepcional por encima de lo ordinario. Por eso, a veces, nuestra primera reacción consiste en buscar (o usar) temas extra para dar más relevancia a este tiempo ordinario. La oración citada inicialmente nos dice algo distinto: conservar, profundizar siempre, domingo tras domingo, la extraordinaria experiencia pascual «en las costumbres y en la vida». Según cómo nos tomemos este desafío, las celebraciones litúrgicas dominicales serán acontecimientos que marcarán nuestra vida o... solo ceremonias.

D. 13 del tiempo ordinario / B
D. 14 del tiempo ordinario / B
D. 15 del tiempo ordinario / B
D. 16 del tiempo ordinario / B



«AMAS ME?... PASCE OVES MEAS» (JN 21,17)

«¿Me quieres? Apacienta mis ovejas» (Jn 21,17), con estas palabras del final el evangelio de Juan, el papa Francisco, el pasado uno de octubre, empezaba la homilía de celebración que tuvo lugar en la basílica de San Pedro del Vaticano, en ocasión del 60 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. El Papa, en varias ocasiones, insistió con firmeza en la necesidad de volver al concilio, viendo en él una muestra de amor por el Señor, por la Iglesia y por toda la humanidad que nos hace regresar a las fuentes del primer amor. Vinculado a esto, denunció que tanto el progresismo como el tradicionalismo ponen en riesgo la vivencia de aquella estima que Jesús le pide a Pedro en el pasaje evangélico citado anteriormente. El santo Padre, por lo tanto, muestra así su preocupación ante una situación que se encuentra en el mismo seno de la propia Iglesia, una polarización muy patente que, según él, pone en riesgo y compromete la comunión misma.

Ante esta urgencia que nos interpela a todos los católicos, buscando no romper los vínculos que nos unen como hermanos en Cristo, tenemos que preguntarnos qué ha sucedido a lo largo de estos años para que esta situación se haya agravado hasta este punto. Velando para poner una solu-

ción que nos ayude a conciliar posturas remando hacia una misma dirección que no comprometa la fe ni la comunión de la Iglesia, pienso que sería importante acentuar la relevancia que tiene la formación litúrgica, ya no solo en los seminarios, sino también en el clero y en los laicos.

El antiguo adagio *lex orandi lex credendi* pone de manifiesto que lo que celebramos manifiesta lo que creemos, resaltando aquella íntima relación inseparable entre la fe y los ritos litúrgicos. De aquí que, volviendo al concilio, como nos decía el santo Padre, en la constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* se acentúe: la necesidad de una formación teológica eminentemente litúrgica, de manera que los estudios teológicos (en todas sus principales materias) se impartan manifiestamente relacionados con la disciplina litúrgica.

Por otro lado, es muy necesario que esta formación sea permanente en el clero, ya que, diariamente, los ministros ordenados nos encontramos en un contacto muy estrecho con los sagrados misterios, tanto es así que la propia vocación no se entendería si no fuera por el vínculo tan íntimo que los relaciona. Por esta motivación, que es el eje vertebrador del oficio de lo que



ha sido consagrado para este ministerio y la fuente de su santificación, es muy necesaria una continua formación donde se ayude a estos ministros a comprender y vivir mejor lo que celebra y administra, ya que la función de santificar al Pueblo de Dios que se le encomienda será más fructífera en la medida que sea comprendida y vivida. De tal modo que, lleno de este conocimiento y experiencia, pueda pastorear e instruir a los laicos a quienes sirve pastoralmente.

Vemos, pues, que las líneas conciliares en cuanto a formación no giran en torno a un estudio rubricista, arqueológico o historicista de los ritos, sino que el principal fin es el de buscar la mayor fructuosidad de la participación en las acciones litúrgicas, de modo que

lo que celebramos sea lo que creemos, y lo que creemos y celebramos, lo vivamos (*lex orandi, lex credendi, lex vivendi*). Esta preocupación será la que atravesará transversalmente todos estos años de posconcilio, y lo podremos ver reflejado en la diversidad de documentos de Iglesia que han sido publicados manifestando explícitamente este deseo, desde la instrucción *Inter Oecumenici* (1964) hasta la última Carta apostólica *Desiderio desideravi* (2022) del papa Francisco. Y es que cuanto más y mejor conozcamos la naturaleza propia de los ritos, más respetaremos su *iter* y sus signos y palabras (*lex orandi*), porque realmente veremos que es allí donde el Señor ha querido perpetuar su obra salvadora a lo largo de los siglos (*lex credendi*), no obviando nuestra propia

naturaleza, sino haciéndola participar de su salvación al injertarnos en su mismo sacerdocio, de modo que, participando de la liturgia, participemos del ejercicio de su sacerdocio y entrando en esta dinámica seamos progresivamente santificados y glorificados hasta el día de la participación plena de la liturgia celestial. Porque, en la medida que así lo comprendamos, haremos de nuestra vida, en nuestro día a día, un reflejo de lo que celebramos (*lex vivendi*). Por eso, la formación litúrgica tiene que conducir a la persona hacia el sentido propio de lo que se esconde detrás del velo de los signos sagrados. De aquí que no se tenga que reducir solo al estudio de unas rúbricas o formas, porque se corre el riesgo de ver el rito como algo sin vida y vacío de contenido donde mágicamente se realiza lo que deseamos; como tampoco consiste en la búsqueda estético-hedonista de una celebración expositiva, o una obra artística, que solo se reduce al plano estético y no contemplativo, donde la belleza termina por eclipsar a la belleza de la obra salvadora de Dios que se concreta *hic et nunc* (aquí y ahora). Así como tampoco puede quedar condicionada y gravemente adulterada por la instrumentalización de una visión ideológica concreta. Porque, en resumidas cuentas, sería robar a la asamblea lo que le corresponde, sería no dar al rebaño el pasto que reclama.

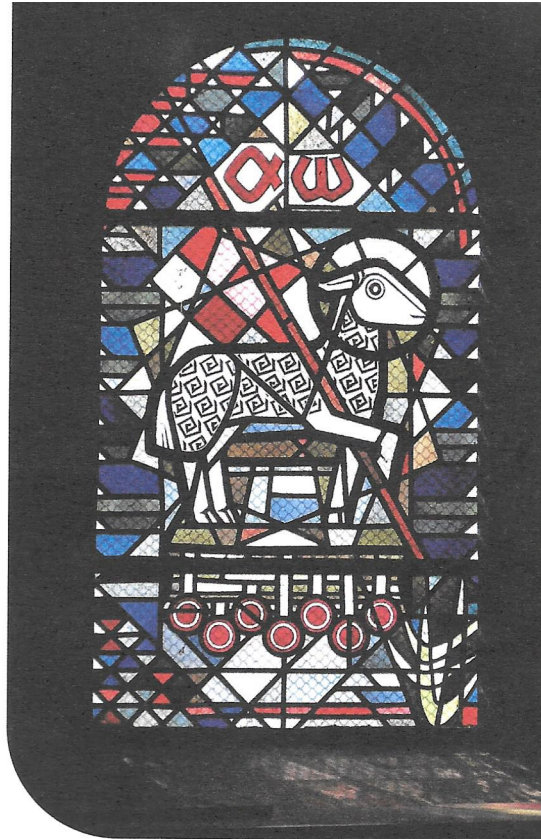
Por tanto, siguiendo el antiguo adagio de la *lex orandi lex credendi*, añadién-

dole la *lex vivendi*, podemos decir que la vulneración de la *lex orandi* lleva intrínsecamente a una alteración o traición de la *lex credendi*, a la vez que esto repercutirá en la *lex vivendi* de los fieles, cuya fe ha quedado gravemente afectada al ser condicionada por la vulneración de este principio. He aquí la importancia de lo que tenemos entre manos, y el porqué de que el santo Padre nos invite a celebrar bien, observar atentamente todas las rúbricas, sin caer en el rubricismo de un ritualismo vacío ni en la dejadez banal de confundir la sencillez con una superficialidad ignorante y un funcionalismo práctico. Porque la fidelidad al rito es también una respuesta a la pregunta del Señor al apóstol Pedro: «¿Me quieres? Apacienta mis ovejas» (Jn 21,17), ya que, como ministros del Señor, el signo de nuestro amor hacia Él es también la fidelidad a lo que nos confía en nuestras manos, es el encargo de pastorear a su rebaño, su pueblo. Midamos, pues, en esta dimensión litúrgica, nuestra estimación hacia el Señor y su Iglesia, porque en cada acción litúrgica también nos interpela preguntándonos: «¿Me quieres?», porque su amor se nos da en estos signos sagrados, queriendo que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

ALBERTO MORENO-PALANCAS FERNÁNDEZ
presbítero del arzobispado de Barcelona
doctorando en el PIL de Roma
Artículo publicado en la revista
El Bon Pastor, noviembre de 2022

EL APOCALIPSIS DE JUAN

El *Apocalipsis de Juan* es uno de los libros canónicos del Nuevo Testamento más leídos y comentados desde su origen, sobre todo en las Iglesias antigua y medieval, tal como queda reflejado en el arte románico y en el bizantino. Por otro lado, comparte con el *evangelio de Juan* el haber sido uno de los textos más controvertidos del Nuevo Testamento.



Autor, fecha y lugar de composición

El **autor** se denomina a sí mismo simplemente *Juan* (1,1.2.4), subrayando que como siervo de Dios ha sido el destinatario privilegiado de unas revelaciones divinas que él debe comunicar, como testigo, a las Iglesias. En otros lugares indica que es hermano y compañero en la tribulación y en la espera paciente del Reino (1,9; 19,10), y ha escrito palabras proféticas en el libro (22,6-8). El texto no da indicaciones precisas sobre la identidad histórica de su autor.

Una parte de la tradición de la Iglesia primitiva lo identificó con Juan Zebedeo; aunque pronto apareció una segunda tradición que lo identificó con Juan el Presbítero o el Anciano. Literariamente, entre Apocalipsis y Juan hay diferencias notables de simbolismo, de gramática, de vocabulario; con todo, son también muchos los puntos de contacto entre ambos escritos, lo que mueve a considerarlos autores distintos, aunque dentro de una misma escuela o tradición joánica. Lo fundamental es que el autor se considera

un profeta que ha recibido la misión de transmitir a sus comunidades un mensaje de esperanza para animarlas a la conversión y a la fidelidad en la espera escatológica en medio de las tribulaciones de la historia presente.

La mayoría de los comentaristas se inclinan por considerar el reinado de Domiciano (hacia el 95 dC) como **el momento** más probable de composición del Apocalipsis, dada la negativa de las comunidades cristianas a adorar la imagen del emperador divinizado, lo que acarreó la persecución cruenta en la zona de Asia Menor. Esto concuerda con el testimonio de Ireneo (cf. *Adv Haer* V 30): «No hace mucho que ocurrió la revelación del Apocalipsis, casi en nuestra generación, hacia la conclusión del reinado de Domiciano [asesinado el 96]».

Como **destinatarios**, el autor tiene en mente a las Iglesias de Asia Menor. La cercanía geográfica entre las comunidades mencionadas en los capítulos 2–3 y los detalles específicos llevan a

pensar que el autor tiene en mente comunidades reales e históricas; aunque el hecho de que sean siete representa un número simbólico con el que el autor quiere extender su mensaje a la totalidad de la comunidad eclesial de la época. Estas comunidades destinatarias del Apocalipsis viven momentos difíciles de tensiones religiosas internas y de tribulaciones externas, incluso llegando a la persecución cruenta en algún caso.

La imagen interna de las comunidades presenta que se está enfriando su amor primero (2,4) y que han surgido falsos apóstoles que han extrañado a algunos (2,2). Muchas han permanecido fieles a los valores de Cristo (3,14), incluso algunos miembros han sido martirizados por ello (2,13), otros ceden a las presiones y se prostituyen; hay grupos que sostienen doctrinas no compatibles con la genuina fe cristiana (2,14–15.20–23): el Apocalipsis los denomina *los nicolaítas*, sin especificar su doctrina.

Interpretación

Para poder interpretar correctamente el Apocalipsis hay que situarlo dentro de la corriente de la **literatura apocalíptica** y de su lenguaje cifrado, reconocible únicamente para los

miembros de los grupos autores de los escritos.

El lenguaje del Apocalipsis está basado en símbolos e imágenes del Antiguo Testamento. Así, por ejemplo, en Apocalipsis 17–18 al hablar del impe-

rio romano que persigue a la comunidad joánica, el autor habla de «la gran Babilonia, la madre de todas las prostitutas y de todas las abominaciones de la tierra» (17,5), empleando expresiones de Isaías y de Ezequiel mediante las que identificaban a los opresores del antiguo Israel y Judá. Al hablar de «la Bestia de la tierra» (13,1ss), el autor dice que «se parecía a un leopardo con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león» (13,2) atribuyéndole así los símbolos que Daniel 7,4-6 aplica a los imperios babilonio, medo y persa; con ello indica que el poder de Roma resulta de la suma de los tres imperios históricos.

El punto de partida del lenguaje apocalíptico es el *sueño*, que en el mundo bíblico es interpretado como una revelación de Dios (cf. Gn 20,3; 28,12; 37,5-10; Dn 7; Mt 1,18-23; 2,12-14.18-19). El sueño y la visión describen escenas recargadas de símbolos.

El **lenguaje simbólico**, además de ser sugerente, universaliza el mensaje, al ayudar a tomar conciencia de que el mensaje sobrepasa los límites contextuales del autor y resulta válido para todas las épocas. Algunos de los símbolos son fáciles de interpretar, sobre todo si se está familiarizado con el Antiguo Testamento. En Apocalipsis los textos del Antiguo Testamento más usados son Éxodo, Ezequiel y Daniel,

de ellos extrae el autor muchos de los símbolos que utiliza en su texto. El autor juega con los colores, los vestidos, las posturas corporales, los números, los elementos naturales... y todo ello en continuo movimiento.

En los primeros tres siglos, el Apocalipsis es interpretado de manera literal que llevaba a identificar las fuerzas negativas con el imperio romano. Nace la teoría milenarista, que presuponía el final inminente de los tiempos, y los acontecimientos narrados en el Apocalipsis describen los hechos que preparan ese final.

Los primeros comentarios completos de Apocalipsis son del s. III. Son todavía milenaristas, pero exponen un principio que llevará a la superación del milenarismo: la recapitulación; es decir, el Apocalipsis no se refiere a una serie continuada de acontecimientos futuros, sino que hace referencia a los mismos acontecimientos bajo formas diversas presentadas simbólicamente a lo largo del libro.

Modernamente, se hace una interpretación *idealista* o atemporal, que sostiene que el Apocalipsis no hace referencia a ningún suceso histórico concreto, sino que pretende expresar simbólicamente los principios básicos, de acuerdo con los cuales Dios actúa a lo largo de la historia.

Mensaje

La **comunidad eclesial**, tal como es presentada en Apocalipsis, se pone, en primer lugar, en un estado de purificación interior, sometiéndose al juicio de la palabra de Dios (capítulos 2–3). En esta actitud interior, la Iglesia es invitada a subir al cielo y a considerar, desde la óptica divina, los hechos externos de la historia que le afectan en el momento presente (capítulos 4–5).

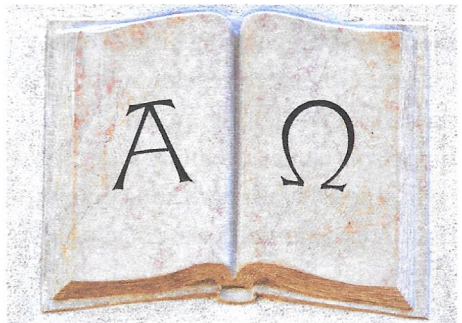
La comunidad eclesial, aplicando a los **acontecimientos de la historia** –adversos muchos de ellos–, las claves que el autor ofrece de forma simbólica, estará en grado de comprender, mediante el discernimiento y la reflexión desde la fe pascual, las realidades históricas del momento que le toca vivir (capítulos 6–20).

Este discernimiento se realiza en el **contexto litúrgico** de la asamblea que escucha la Palabra y ora (capítulos 1 y 21). El autor lo pone de manifiesto, además, en el carácter marcadamente litúrgico que da al conjunto de su obra.

En esta situación litúrgica, la Iglesia se purifica y discierne su momento histórico. Más en general, en esta acción de purificación primero, y de discernimiento después, la comunidad

eclesial descubre su identidad con todas las implicaciones y toma conciencia de ellas; se comprende animada por el Espíritu; descubre, también, el misterio de Cristo resucitado que la purifica, la ilumina, combate y vence con ella; descubre, a través de Cristo, la inmensidad del misterio divino, que trasciende la historia entera, pero que es, sobre todo, el Padre de Cristo.

El Apocalipsis nos enseña que el futuro irrumpe en el tiempo presente, viene en la historia hasta nosotros. Es un libro cargado de esperanza. La esperanza a la que nos alienta el Apocalipsis ilumina el presente de nuestras vidas: la historia no es el lugar de sufrimiento absurdo sino que se encamina hacia el reinado de Cristo y los suyos. Es también una esperanza paciente, que sabe aguantar, el sufrimiento presente en la contemplación del Cordero degollado que vive para siempre.



JUBILEO DE LA ESPERANZA

Con el lema *Peregrinos de esperanza*, el Di-casterio para la Evangelización, presi-dido por monseñor Rino Fisichella, es el responsable, por encargo del papa Francisco, de la organización del Ju-bileo de 2025. El logo elegido representa cuatro figuras estilizadas que indi-can la humanidad proveniente desde los cuatro rinco-nes de la tierra. Abrazadas en-tre ellas, hacen referencia a la solidaridad y fra-ternidad que une a los pueblos. La primera figura rodea la cruz. Aparecen, además, unas olas en movimiento, ya que la peregrinación de la vida no siempre pasa por aguas tranquilas. Se destaca el ancla, símbolo de la esperanza. La apertura de la Puerta Santa tendrá lugar en la basílica de San Pedro el 24 de diciembre. También el Papa abrirá las Puertas Santas de las basílicas de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pablo Extramuros. Asimismo, se han designado iglesias jubilares, como Santa María de Montserrat, en el caso de los españoles. No podemos olvidar tampoco el himno oficial de Pierangelo Sequeri con este estribillo:

Llama viva para mi esperanza
que este canto llegue hasta ti
seno eterno de infinita vida
me encamino, yo confío en ti.

Estamos a la espera de que se haga pública la Carta apostólica para la proclamación oficial del Jubileo 2025 que servirá de ins-piración a los pe-regrinos, sobre todo, para re-flexionar y vivir concretamente la esperanza.

La Ciudad Eter-na está en obras desde hace tiempo, preparándose para este trascendental año de fe, con-versión y perdón. En las paradas de autobuses podemos leer: «Cambia, para ser siempre Roma. Generosa, inclusiva, única». Y de igual forma: «Roma por el Jubileo, el Jubileo por Roma». Además, distintos eventos como conciertos de música, exposi-ciones y conferencias van caldeando el ambiente. Junto a este movimiento externo, este año 2024 está dedicado a la oración «para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo», según las palabras del obispo de Roma. La Se-rie *Apuntes sobre la Oración*, promovida





por el Dicasterio, está compuesta por ocho volúmenes, a disposición de las conferencias episcopales y de las comunidades diocesanas. Se trata de un subsidio útil para profundizar y redescubrir la centralidad de la oración en las diversas formas que el Espíritu ha inspirado y sigue inspirando.

En este tiempo sinodal, el Jubileo nos invita a redescubrir las exigencias de la llamada universal a la participación responsable. De ahí que el papa Francisco haga hincapié en tener bien presentes algunos textos: «Las cuatro Constituciones del Concilio Ecuménico Vaticano II, junto con el Magisterio de estos decenios, seguirán orientando y guiando al santo pueblo de Dios, para que progrese en la misión de llevar el gozoso anuncio del Evangelio a todos».

El Dicasterio para la Evangelización cuenta con varias comisiones para la preparación del Jubileo: pastoral, cultural, comunicación, ecuménica, comité técnico, así como delegados de las diócesis, conferencias episcopales y de la vida religiosa. La Pontificia Universidad Gregoriana ha habilitado un curso para preparar a los guías oficiales de 2025. El Dicasterio ofrece una web específica en la que podemos encontrar una completa y actualizada información en torno al Jubileo. Recomendamos especialmente la cuenta de Instagram habilitada para este fin que, de manera atractiva, nos va mostrando todo el «movimiento» jubilar.

FERNANDO CORDERO MORALES SS.CC.



En este número de Misa Dominical os ofrecemos la hoja verde número 11 de la serie Palabra de Dios, que trata el libro del Apocalipsis. Os animamos a difundir la lectura de estas hojas en vuestras comunidades, para que nos ayuden a conocer y amar más la Palabra de Dios. Como siempre, esperamos que os sea útil.

Protagonismo del Pueblo de Dios en la celebración

¿En qué sentido? ¿Cuál fue la intención de los padres conciliares al apoyar este protagonismo? Lo primero que debemos decir es que la liturgia, la Eucaristía principalmente, no es solo cosa de los curas, de los sacerdotes. Antiguamente íbamos a misa los domingos porque el cura iba a «decir misa». El cura «decía misa» y nosotros «oíamos misa». Así de simple y así de incorrecto. Porque, en términos correctos, la celebración de la Eucaristía no era un menester exclusivo de los sacerdotes, aunque ellos fueran quienes la presidían. Es toda la comunidad eclesial la que celebra; la que presenta y deposita los dones de pan y de vino sobre la mesa eucarística; es la que canta, la que ora con el sacerdote, la que asiste con sus gestos y con su presencia activa y consciente a todo lo que hace y dice el sacerdote. El presbítero no está ni fuera ni por encima de la comunidad del Pueblo de Dios; desde dentro él brinda a la comunidad su servicio ministerial, él la anima con su impulso de fe, él la enriquece con la predicación de la Palabra; él, a través de su ministerio, le da acceso al misterio de la presencia sacramental del Señor.

Por todo esto el Concilio impulsó la reforma litúrgica; por esto se intro-

dujeron las lenguas vivas, para que nuestros fieles pudieran entender sus oraciones, sus cantos, las lecturas; por esto encauzó la restauración de nuestros edificios de culto y el estilo de las nuevas construcciones, para que la asamblea del Pueblo de Dios ocupara el lugar central que le corresponde; por esto propició que los sacerdotes celebraran de cara a la asamblea; por eso se simplificaron los ritos, para que los fieles pudieran comprenderlos mejor. Toda la tarea renovadora llevada a cabo desde el Concilio no ha tenido otro objetivo que el de crear una liturgia viva y renovada, de modo que pudiera ser comprendida y participada por todo el Pueblo de Dios.



Última página

PASTORES Y COMUNIDADES QUE SALEN, ACOGEN Y ACOMPAÑAN

El pastor se ha ganado la credibilidad de quien lo ama y está dispuesto a dar incluso la vida. Es acogido porque siempre tiene en los labios una palabra de ánimo y consuelo, porque es acogedor y transmite una nueva y buena noticia, porque se presenta con un gesto que muestra su vocación de ternura, porque propone y no impone, porque su sentido de la autoridad es un servicio humilde, porque tiene un trato exquisito que sabe llegar al corazón, allí donde la persona está invitada a abrirse y a responder con generosidad. Es humilde y buen comunicador. Con él, corresponsablemente, hay una comunidad de personas sencillas que acogen y acompañan a quien llama a la puerta o se le ha buscado, cuando hacemos lo posible para ser una *Iglesia en salida* que, como la quiere y define el papa Francisco, sale de la comodidad y se atreve a ir a las periferias que necesitan la luz del Evangelio.

Sin embargo, a menudo escuchamos que la Iglesia es áspera, lejana, autoritaria. Muchos no llegan ni a «acercarse». Hay déficit de acogida y no aparece la expectación por la novedad de lo que tiene que ser comunicado. El milagro de una *Iglesia cercana*, de un *ministerio episcopal, presbiteral y diaconal asequible*, de unas *comunidades acogedoras y atentas*, solo es posible cuando existe una voluntad de acercarse humildemente a Jesús, como la mujer enferma que se atreve a tocar su manto para encontrar la curación. Que-

da muy clara la misión del pastor y de los agentes de pastoral que quieren cumplir la misión encomendada. El ejercicio debe hacerse en el corazón de cada comunidad y con las puertas abiertas. «La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes» (EG 47).

Hoy Jesús nos hace una invitación entrañable relacionada con la oferta que se puede hacer en el seno de una comunidad: «Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco» (Mc 6,31). Se lo dice a sus apóstoles después de reunirse con ellos y cuando le han contado todo lo que habían visto y enseñado. ¿Quién tiene que descansar y tiene realmente derecho a hacerlo? Solo quien ha trabajado. Aceptar ahora la invitación de Jesús nos obliga a reconocer lo que hemos hecho para vivir como Él y cómo hemos transmitido su Evangelio con la palabra y los hechos. «Descansar un poco» puede tener varias acepciones y puede expresar muchas situaciones de la vida, pero dicho por Jesús significa «estar con Él», gozar de su compañía, palabra, amistad. Estos momentos que siguen a la proclamación de la Palabra, y que son anteriores a la Eucaristía, son momentos únicos para hacer nuestro todo lo que hemos escuchado, ya que la Palabra de Dios es viva y eficaz. Toda celebración litúrgica es el ámbito adecuado para hacerlo posible.

SEBASTIÀ TALTAVULL ANGLADA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ☎ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LVI

Suscripción anual: 102,50 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975